

En nuestro país, al igual que en otros países en el mundo, el número de personas ancianas crece a la vez que disminuye la tasa de natalidad, lo que propicia que la sociedad vaya envejeciendo. En la cultura predominante en el mundo globalizado, donde se prioriza más el quehacer que el ser; es decir, donde las personas se valoran, más que todo, por su productividad, el viejo sobra, es excluido de su oportunidad de aportar al trabajo y de su capacidad de formar verdaderas Personas, tanto en el seno de la familia como en la comunidad. El anciano aporta serenidad, equilibrio, el aprecio por la belleza, además de mantener la fe en la vida, es una memoria viva de la historia... nadie con más autoridad que él para decir lo que es malo y lo que es bueno por su experiencia de vida, que incluye los errores cometidos de los que ha aprendido. La sociedad aprenderá a dar su lugar a los ancianos en la medida que vaya descubriendo y entronizando el valor inmenso e imprescindible de la espiritualidad.

Bienaventuranzas de la ancianidad

*Bienaventurados los que comprenden mi extraño paso al caminar y mis manos no tan ágiles y diestras como cuando joven.

*Bienaventurados a los que saben que mis oídos tienen que esforzarse para comprender lo que oyen.

*Bienaventurados los que comprenden que, aunque mis ojos brillan, mi mente es lenta.

*Bienaventurados los que, con una sonrisa en los labios, me estimulan a intentar una vez más.

*Bienaventurados los que nunca me recuerdan que he hecho dos veces la misma pregunta.

*Bienaventurados los que me escuchan, pues yo también tengo algo que decir.



*Bienaventurados los que saben lo que siente mi corazón, aunque no pueda expresarlo.

*Bienaventurados los que me respetan y me aman como soy, y no como ellos quisieran que yo fuera.

*Bienaventurados los que me ayudan en mi peregrinar a hacia la casa del Padre celestial.